

CINE



**«quiero
un
marido
que me
domine»,
confiesa**

sigue

ANITA EKBERG



Cuando Anita Ekberg estuvo en España montó para ella el ceremonial de la alternativa en la Plaza de las Ventas

«Yo no quise nunca hacer de Anthony Steel un



Trevor Howard ha confesado muchas veces que la escena de la bofetada a la Ekberg, en la película «Interpol», la interpretó con especial fruición,



Mr. Ekberg, ni ir a los locales nocturnos, donde

«El hombre debe guiar, Quiero convertirme en la señora Taylor. Quiero un hombre que me domine»

EL mes de mayo de 1962 ha sido un período muy importante en la vida de Anita Ekberg.

En este mes, efectivamente, Federico Fellini, el director que la «impuso» prácticamente en Italia haciéndola intervenir en «La dulce vida» y en un episodio de «Boccaccio 70», ha dado la primera vuelta de manivela a una nueva película sin tenerla a su lado.

Esos mismos días la actriz sueca subía a un cuatrimotor en el aeropuerto de Fiumicino para ir a Norteamérica. Su meta era Hollywood; tenía un contrato.

Esperándola al otro lado del Atlántico, en su villa en la colina de Beverly Hills, estaba el actor australiano Rod Taylor, su nuevo prometido. Los días siguientes a su llegada los pasó Anita visitando mueblistas y decoradores de Hollywood.

«Es para nuestra nueva casa —explicó—, la casa donde Rod y yo viviremos después de la boda.»

Entró en decenas de establecimientos y preguntó a decenas de personas; no decidió, sin embargo, nada porque en aquel período Rod (dedicado dieciocho horas al día al film de Hitchcock «Los pájaros») no podía acompañarla.

«No quiero comprar nada sin conocer su parecer», declaró Anita.

Tras algunos días, la actriz comenzó a sentirse un poco sola. Se preguntó si en espera de que Rod terminase «Los pájaros» no habría podido emplear útilmente el tiempo volviendo a Italia y haciendo algunas gestiones.

«Entre otras cosas —dijo—, podría vender mi villa en la vía Cassia, los dos autos, la barca de motor.»

Fue así cómo Anita volvió a Italia, donde, efectivamente, gestionó la venta de la villa, de la barca y de los autos. Con ocasión de este regreso, le hemos hecho una visita y una entrevista que aquí transcribimos.

«Ahora regresaré a Hollywood —nos ha dicho la actriz—, y espero que mi matrimonio sea inmediato.»

No se traslucía en sus palabras la intención de regresar a Italia. Pero sabemos con seguridad que Anita volverá, porque en Cinecittà la esperan dos nuevos films. Por tanto, su adiós ha sido solo un «hasta luego».

Anita se encuentra actualmente en una encru-

cijada de su carrera. Habiendo salido de las paternaes alas de Fellini, la actriz debió mirar en torno y debió comprobar que encontrar un director dispuesto a ofrecerle papeles de alto nivel artístico no es muy fácil. Además ha concluido de manera un poco triste su «flirt» con Franco Silva, un «flirt» que ciertamente no la había beneficiado mucho en el plano de la publicidad. Silva es un actor de segundo orden, está casado y es padre de dos niños. La amistad con Anita no podía terminar de otra forma.

Algunos han insinuado que el noviazgo de Anita con Rod Taylor (un actor serio, preparado, que no tiene nada de «dolcevitista» y que cuenta con la amistad de hombres como Laurence Olivier, Charles Chaplin, Alec Guinness), coincide extrañamente con una tentativa de incorporarse al mundo de Hollywood por parte de la artista. Nosotros, desde nuestro punto de vista, aun sin poner en duda la sinceridad de los sentimientos que unen a los dos actores, aceptamos sin esfuerzo que Anita está atravesando un período de crisis. Ha echado una mirada a su vida sentimental y probablemente ha comprendido varios errores que hay en ella. Ahora se siente un poco sola. En Hollywood parece además no haber encontrado un terreno muy fácil para trabajar. Rod Taylor, un hombre muy distinto bajo una infinidad de aspectos de su ex marido, Anthony Steel, y también de Franco Silva, quizá represente para ella en este momento... la calma tras la tempestad.

—El amor por Rod Taylor me ha revelado un principio muy antiguo que ustedes los latinos conocen bien y que yo hace algún tiempo consideraba casi... incivil: cuando un hombre y una mujer están enamorados, es él quien debe guiar, es él quien debe ordenar. El amor por Rod Taylor me ha dado el deseo de ser la señora Taylor, de no tener un marido que sea... Mr. Ekberg. Yo ahora quiero un hombre que me domine.

—Perdónenos, señora Ekberg. ¿No se podría pensar que es usted misma la que transforma involuntariamente los hombres con los que se ha unido en unos Mr. Ekberg?

—Podría enfadarme por esta pregunta. Pero pienso que ciertos hombres nacen constitucionalmente inclinados a hacer el papel de... esposa. Yo no quise nunca hacer de mi marido Anthony Steel un Mr. Ekberg. En cambio, era él quien siempre

deseaba salir por las noches para ir a los locales nocturnos, donde estábamos... como en un escaparate. En cuanto a Franco Silva, no quiero hablar. Podría generalizar, y por culpa de uno hacer un cálculo negativo de los hombres italianos en general, que a pesar mío me parecen un poco exhibicionistas.

—Usted habla de usted misma como de una mujer hogareña. ¿Cómo lo concilia con su tipo «dolce vita»?

—Yo no soy de verdad un tipo «dolce vita». La «dolce vita» existe más que nada en la fantasía de los que les interesa. Hablo de Federico Fellini. Si uno se pone gafas rojas, verá el mundo pintado de rojo, ¿no es verdad? Eso de la «dolce vita», para él es una idea fija. Quizá un psicoanalista podrá explicar mejor que yo cómo él siente una necesidad por exagerar a un artista.

—¿No piensa usted que Fellini tiene una gran parte de su éxito cinematográfico?

—No. Cuando Fellini me contrató para «La dulce vida» yo era ya Anita Ekberg. Su película, en los mercados extranjeros, fue adelante porque llevaba mi nombre. Pero ¡cuántos buenos films son casi desconocidos porque les falta un nombre de reclamo! Muchos creen que en Italia no hay mejor director que Fellini, y es un error. Hay al menos diez mejores que él, y él lo sabe. Yo he recibido con Federico un aumento de mi popularidad, pero es una popularidad equivocada, porque él ha dado una imagen de Anita Ekberg «dolcevitista» y exhibicionista que no corresponde a la realidad.

—Perdónenos otra indiscreción: ¿no fue un poco exhibicionismo el que la indujo el día de su boda con Anthony Steel a ponerse un vestido audacísimo?

—¿Por qué exhibicionismo? El vestido era un poco escotado, lo admito, pero fue por culpa de las prisas con que nos casamos. Cuando me lo probé me di cuenta de que la modista había equivocado las medidas. Había que remediarlo, y la única forma fue dejarlo escotado.

—De estas cinco cosas: un Oscar, cien millones, la tranquilidad, el favor del público americano o una armonía duradera con Rod, ¿cuál considera la más importante en este momento?

—Una sexta: ser madre.

(Una entrevista de ALDO RUGGERI.)